SINESIO DELGADO

EL DIABLO CON FALDAS

COMEDIA CON MUSICA EN UN ACTO

Y EN PROSA

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPI

SEGUNDA EDICION

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NÚM. 24

1927

EL DIABLO CON FALDAS

EL DIABLO CON FALDAS

COMEDIA CON MÚSICA EN UN ACTO

Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en Buenos Aires, en el Teatro de Mayo, el día 15 de Julio de 1908, y en Madrid, en el Teatro Cómico, el día 3 de noviembre de 1909



MADRID

GRÁFICAS LEVANTE.—CALLE DELICIAS, 41

1927

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
	En Buenos Aires	En Madrid
FLORA.	Srta. Barrilaro.	Srta. Prado.
MARTINA.	Sra. Torres. . .	Sra. Franco.
TADEA.	» Esplugas .	» Castellano.
MOZA 1.ª.	Srta. Stultz. . .	Srta. Borda.
EL PADRE ANSELMO.	Sr. Carreras. .	Sr. Chicote.
CLAUDIO.	» León. . . .	» Castro.
JUAN MONTIEL. . . , .	» Ferrer. . .	» Ripoll.
VARGUITAS	» Angelo . .	» Soler.

Coro de «hijas de María»

La acción en un pueblo próximo a Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda las del actor mirando al público.

A la memoria del insigne maestro Chapí, gloria de España.

ACTO UNICO

Habitación modestísima en casa de un cura de pueblo. Puerta en segundo término izquierda y dos a la derecha. En el fondo ventana grande con reja. Una mesa de despacho en el primer término izquierda. Junto a ella, por el lado de la pared, sillón alto de cuero. En las paredes algunos cuadros de santos y cromos de asuntos bíblicos. Detrás del sillón un armario con algunos libros. Sofá en el fondo derecha, y en el resto de la habitación humildes sillas de paja. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CORO *de hijas de María.* TADEA, *que entra y sale. Al fin*
EL PADRE ANSELMO

(Las muchachas pertenecen a distintas clases sociales, señoritas y mozas del pueblo, pero todas tienen mantilla en la cabeza o sobre los hombros. Aparecen sentadas las que puedan y las restantes de pie al lado de las otras, ninguna en el centro de la habitación. Cada cual tiene en la mano un papelito, donde estudian la oración que cantan. TADEA *está apartando libros y papeles de la mesa, y colocando extendida, frente al sillón de cuero, una servilleta.)*

CORO

«María, cuyo nombre
como conjuro santo
auyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse él» (1)
Ruega por nos,
Santa Madre de Dios.

---

(1) Estos ocho versos son de Zorrilla. Conste.

(En este momento se va TADEA *por la izquierda. En cuanto desaparece las chicas se levantan, esconden los papelitos y forman grupos.)*

UNAS. Si que ha estado chusco
lo de la alcaldesa.
OTRAS. Como que al alcalde
le dió un torozón,
y está desde anoche
la pobre Teresa
casi moribunda
de sofocación.
UNAS. Siempre ha sido muy libre la sacristana.
OTRAS. Y ha pecado de frágil y casquivana.
UNAS. Si que ha pecado siempre.
OTRAS. Siempre ha pecado.
TODAS. ¡Tenía que pasarla
lo que ha pasado!
UNAS. Parece mentira que tenga partido,
porque es desgarbada y es sosa y es fea.
OTRAS. ¡Pues anda, que cuando lo sepa el marido!
UNAS. No importa.
MOZA 1.ª ¡Silencio, que viene Tadea!

(Todas vuelven rápidamente a su sitio y continúan estudiando como si tal cosa. TADEA, *que trae en una bandeja unas rebanadas de pan, un vaso de agua y un azucarillo, lo coloca todo sobre la mesa.)*

CORO. Santa Virgen madre,
mírame amorosa,
guíame en la vida,
dame protección,
y haz que entre las nubes
de color de rosa,
al divino trono
llegue mi oración.

(Se marcha otra vez TADEA. *En el acto se levantan las muchachas de nuevo y vuelven a formar corrillos.)*

UNAS. Y ¿qué se ha sabido
de la forastera
que ha llegado anoche
a casa de Blas?

OTRAS. Pues el que la ha visto
no ha dicho quien era,
y, por consiguiente,
no se sabe más.

UNAS. ¿Qué trazas tenía?

OTRAS Como era de noche
sólo entre las sombras se vió la figura.

UNAS. ¿No la trajo Lucas en su carricoche?

OTRAS. Sí, pero....

MOZA 1.ª ¡Silencio! que está el señor cura.

(Corren a sus puestos y repiten la lección. A poco sale por la izquierda el PADRE ANSELMO, *que viste sotana de esclavina y solideo, y se queda oyéndolas, con visible satisfacción hasta que acaba el coro.)*

CORO. María, cuyo nombre
como conjuro santo,
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.
¡Ruega por nos,
Santa Madre de Dios!

HABLADO

ANS. Muy bien, muy bien, hijas mías. Veo que no queréis perder el tiempo y me esperais ensayando. ¡Así, así me gusta! Pero me vais a hacer un favor.

MOZA 1.ª El que usted quiera señor cura. ¡No faltaba más!

ANS. Volver dentro de una hora a continuar los ejercicios. No quiero que nos falten hoy, porque el día de la fiesta de la Virgen está muy cerca; pero tengo ahora un ocupación muy importante y necesito estar solo.

MOZA 1.ª *(A parte a las otras.)* (Quiere tomar a gusto el chocolate.) Volveremos cuando usted diga.

ANS. Pues... eso: dentro de una hora, ¿eh? Podéis em-

plearla oyendo misa de nueve, que va a empezar en seguida el padre Lozano. ¿No os parece?

MOZA 1.ª Bueno, sí, señor.

ANS. Pues andad, andad, y pedid a la Virgen que nos proteja a todos.

MOZA 1.ª (¿Qué le pasará hoy al señor cura?) *(Vanse todas por la izquierda. Cuando ha desaparecido la última el* PADRE ANSELMO *dice, dirigiendo la voz hacia la misma puerta:)*

ANS. ¡Tadea! El chocolate. *(Se sienta en el sillón, arregla la servilleta y disuelve el azucarillo en el agua moviéndole con la cucharilla. En seguida sale* TADEA *con el pocillo humeante y lo coloca sobre la mesa. Todo ello en silencio.)*

ESCENA II

EL PADRE ANSELMO. TADEA. *Luego* CLAUDIO.

ANS. ¿Ha venido mi sobrino?

TAD. Sí, señor.

ANS. *(Empezando a tomar el chocolate.)* Por supuesto, estuvo en la misa.

TAD. Ya lo creo. Y eso que el pobrecillo se ha pasado la noche estudiando hasta las tantas.

ANS. Sí, sí; es muy aplicado y muy bueno. *(Pausa, durante la cual come una sopa.)* ¿No ha entrado por aquí mientras estaban las chicas?

TAD. ¡Jesús, señor! ¡qué ha de entrar el infeliz! En cuanto llegó se encerró en su cuarto y de allí no se ha movido para nada. ¡Las chicas! ¡Pues bneno es él para las mujeres! Las huye como al fuego.

ANS. Hace bien, Tadea; y perdona que te lo diga. Las mujeres, desde Eva hasta Teresa la sacristana, han sido siempre la causa de la perdición de los hombres, desde Adán hasta el señor alcalde.

TAD. Pero, ¿es verdad eso que dicen que pasó anoche?

ANS. No me lo preguntes, Tadea, ¡estoy aterrado! *(Sale* CLAUDIO *por la segunda derecha.)*

CLA. Buenos días, tío. Pero, ¿qué es esto? ¿No han venido todavía las muchachas?

ANS. ¡Hola, hola! ¿Las echas de menos?

CLA. ¿Yo? ¡Dios me libre! Pero como otros días me molestan tanto con la bulla que meten...

TAD. Pues hoy también han alborotado bastante, porque hasta han cantado la plegaria.

CLA. ¡Ah! ¿pero han estado? Pues se conoce que me he dormido. ¡Como no he pegado los ojos en toda la noche!...

ANS. Sí; han estado y volverán.

CLA. ¿Volverán? Entonces, ¿por qué se han ido?

ANS. *(Á Tadea.)* ¡Pobrecito! Las huye como al fuego. *(A él.)* Se han ido porque... las he dicho yo que se fueran. Son muy devotas y muy buenas muchachas.

CLA. Sí señor; ¡las hay muy buenas!

ANS. Pero algunas se pasan de curiosas y se desviven por enterarse de todo, y como yo voy a tene una visita reservada...

TAD. ¡Del alcalde; como si lo viera!

ANS. No: no es del alcalde.

TAD. Pues no estaría de más que se pusiera bien con Dios después de lo de anoche.

CLA. ¿Qué es lo de anoche, Tadea?

ANS. Nada, hombre, nada. *(A Tadea.)* ¡Qué gana de abrirle los ojos al chico!

CLA. ¿Lo de Teresita la sacristana? ¿Es ella la que va a venir?

ANS. ¡Cómo! ¿Tú también lo sabes?

CLA. Me lo han dicho en misa.

ANS. ¡Qué le parece a usted! ¡Ir a hablar de esas cosas en la iglesia! Tampoco es la sacristana a quien espero. Es... Martinilla la de Blas.

CLA. Esa no me gusta.

ANS. ¿Eh? ¿Cómo?

CLA. Que no me parece muy regiliosa. Ya ve usté... ¡no es hija de María!

ANS. Porque la pobre lleva todo el peso de la casa y no le queda tiempo. Pero no es mala, no. Todo lo que le pasa me lo consulta, y eso prueba que tie-

ne fe en el Señor y en sus ministros. Hoy, al acabar la misa, ha entrado en la sacristía y me ha dicho: «Señor cura, tengo que hablar con usté de una cosa muy grave, pero no aquí, porque llamaría la atención de la gente.» «Pues vete a casa cuando quieras» — la he contestado—. Y va a venir de un momento a otro.

TAD. Ya sé lo que es. Que su padre está en un apuro, como de costumbre, y manda a la mocita para que el tonto del cura afloje la mosca.

ANS. Pero, ¿qué mosca he de aflojar yo ¡pobre de mí! si sabes que todos mis ahorros se los di anoche mismo al marido de la tuerta?

TAD. Pero Blas no lo sabe, y al olor de esos ahorros viene Martinilla.

CLA. Que si siquiera fuera guapa, digo, devota...

MAR. *(Dentro.)* ¿Dan ustés su permiso?

CLA. Aquí está el ruin de Roma. *(Mirando hacia la puerta de la izquierda, por donde sale* MARTINA.) (Pues se ha puesto regularcilla.)

ANS. Anda, hija, adelante. *(Ha concluído de tomar el chocolate y Tadea empieza a recoger servilleta y vajilla.)*

ESCENA III

Dichos; MARTINA

MAR. Buenos días, señora Tadea; buenos días, señor Claudio... Al padre Anselmo ya se los he dao hace poco en la sacristía.

TAD. Buenos los tengas. ¿Y tu padre?

MAR. Tan bueno. En el campo estará.

TAD. ¿Sigue de mozo de mulas en casa de Tomás el Extremeño?

MAR. Sí, señora, allí sigue. Y que sea por muchos años, que mientras él trabaja, gracias a Dios, no nos falta nada.

TAD. Vaya, pues me alegro. (No me la da a mi esta lagarta. Por dinero viene.) *(Ha acabado de retirar los chismes y vase por la izquierda.)*

ANS. Pero siéntate, mujer.

MAR. Gracias; me voy a ir en seguida.

ANS. *(Después de una pausa, y en vista de que el sobrino se hace el distraído)* Claudio, Martinilla tiene que hablarme reservadamente.

CLA. ¡Ah, sí! ya me marcho. Hasta luego, Martinilla.

MAR. Vaya usté con Dios, señorito Claudio. *(Vase* CLAUDIO *segunda derecha.)*

ESCENA IV

MARTINA, *el* PADRE ANSELMO

ANS. Bueno; ya estamos solos. ¿Qué tienes que decirme?

MAR. *(Compungida.)* ¡Ay, señor cura! Que estoy asustada, acongojada; que esta noche no he podido dormir, porque lo que nos pasa a nosotros no le pasa a nadie.

ANS. No te apures, mujer, que Dios no desampara a sus criaturas y todo tiene remedio, si no es la muerte. ¿Qué es ello?

MAR. Ello es que en mi casa ha caído la maldición, y que se nos ha acabao pa siempre la tranquilidad, señor cura.

ANS. Pero rompe de una vez, ¡puño!, que me tienes con una curiosidad que casi es pecado.

MAR. ¿Usted se acuerda de mi hermana Ramona?

ANS. ¿La que se fué a servir a la capital hace años y no ha vuelto a dar señales de vida?

MAR. La misma; sí, señor.

ANS. Sí me acuerdo; ¿y qué?

MAR. Que anteayer me escribió una carta.

ANS. ¡Vamos, ya ha parecido!

MAR. ¡Y tanto! Verá usté, verá usté. En cuanto la recibí, como a mí me estorba lo negro, se la di a mi novio pa que la leyera. Ya sabe usté quién es mi novio: Nicolás el de la Baltasara...

ANS. Sí, mujer, sigue.

MAR. Y Nicolás, en cuanto se enteró de lo que decía me dijo que aquello era muy gordo, y que debía

venir a consultar con usté, que es un santo varón que entiende de todo.

ANS. No, hija mía, no; yo no entiendo, desgraciadamente, de casi nada: pero con la ayuda de Dios podré darte el consejo que me pides. ¿Has traído la carta?

MAR. Sí, señor; aquí la traigo. Tómela usté. *(Se la entrega.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgracia se nos ha venido encima! *(Pausa corta. Durante ella el padre Anselmo lee para sí. De pronto suspende la lectura y se santigua.)*

ANS. ¡Ave María Purísima! *(Sigue leyendo mientras Martina habla.)*

MAR. Ya sé dónde llega usté ahora. A aquello de que se enamoró de un hombre y se tuvo que separar de él a la fuerza, y luego se fué con otro, y después con otro... ¿No es eso?

ANS. *(Sin dejar de leer.)* ¡Ya, ya! ¡Buena está la tal Ramoncita!

MAR. Pues verá usté a lo último. Que el hombre con quien está ahora la trata muy bien, pero que tiene que escaparse, porque si no se escapa va a haber un crimen; que necesita esconderse en alguna parte y que... vamos, que va a venir pa que nosotros la ocultemos en casa... ¿Ha llegao usté ya?

ANS. *(Acabando la lectura.)* ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡No, no; esto no puede ser!

MAR. ¿Qué es lo que no pué ser?

ANS. Que venga, que la admitáis, que traiga el escándalo al pueblo y la desdicha a una familia honrada... ¡Imposible, imposible! Que siga su camino y que Dios la perdone.

MAR. Eso dice Nicolás. Que no la admitamos.

ANS. Y tú, ¿qué dices?

MAR. Lo mismo que Nicolás. Pero por si acaso pensábamos mal, es por lo que he venido a que usté lo sepa todo.

ANS. No; no pensáis mal. ¡Ni siquiera dice que está arrepentida! No es la oveja descarriada que vuel-

ve al redil, ¡puño!; es el lobo que viene a destrozarme el rebaño, es la manzana podrida capaz de de echarme a perder toda la cosecha... ¡De ningún modo, Martinilla, de ningún modo! Escríbela en seguida, es decir, que la escriba Nicolás el de la Baltasara, diciéndola que no venga, que no se atreva a presentarse porque encontrará la puerta cerrada; ¿entiendes?

MAR. Sí, señor, sí.

ANS. ¿Se lo has dicho a tu padre?

MAR. Iba a decírselo, pero no he tenido lugar, porque... ¡ay! señor cura, lo de la carta no es lo peor.

ANS. ¿Que no?

MAR. No, señor.

ANS. Pero ¿hay algo peor que eso?

MAR. Ya lo creo. Hay... que la Ramona no ha querido esperar la respuesta y... ha ¡venido!

ANS. *(Incorporándose)* ¿Qué dices, muchacha?

MAR. Que ya ha venido. Que anoche se nos metió en casa hecha un mar de llanto, y que mi padre no ha tenido valor para echarla a la calle.

ANS. *(Levantándose del sillón y dándo nn puñetazo en la mesa.)* ¡Puño!, ¡más que puño!, ¡miren con lo que sale ahora! Y ¿por qué no has empezado por ahí y excusábamos conversación para remediar lo que no tiene remedio?

MAR. Es que... no se lo he querido decir a usté de pronto pa que no se asustara.

ANS. ¿Sí, eh? ¡Vaya con la niña! Pues mira, me ha asustado lo mismo que si no hubieses tomado tantas precauciones. Y lo que no entiendo es qué diantre de consejo vienes a pedirme, cuando yo no puedo hacer otra cosa que cumplir mi deber.

MAR. Y ¿cuál es el deber de usté, padre Anselmo?

ANS. ¿Cuál ha de ser? Aconsejar a las mozas del pueblo que huyan de tu hermanita como de la peste.

MAR. No se enfade usté, señor cura, que todavía no le he dicho lo que tenía que decirle.

ANS. ¡Ah!, ¿pero hay más?

MAR. Sí, señor, como que se pué decir que no he empezao toavía!

ANS. Pues acaba de una vez, hija, y que sea lo que Dios quiera.

MAR. No era yo la que quería consultar con usté... La que quiere el consejo es mi hermana. Ya le he dicho a usté que se ha pasao la noche llorando, y entre sollozos y quejidos decía la infeliz: «Yo quiero ver al señor cura; yo quiero hablar con el señor cura...»

ANS. Bien, bien; que hable. No puedo negarme a oirla y consolarla. Que vaya mañana al confesionario.

MAR. ¡Cá! si no es cosa de confesión, me parece.

ANS. *(Alarmado.)* ¿No?

MAR. No, señor; quiere hablar con usté aquí, en su casa, ¿sabe usté?, porque tiene una idea.

ANS. ¡Santa Madre de Dios! ¡Qué idea habrá tenido esa criatura!

MAR. Pues ya le he dicho a usté que se ha escapao, porque si no, ella, él y el otro hubieran salido en los papeles, y que él es muy rico y va a venir a buscarla, y si viene y se encuentra con mi padre... ¡pues salimos en los papeles nosotros!

ANS. Pero, Martinilla, ¡por los clavos de Cristo!, ¿sabes lo qué dices?

MAR. Yo no lo entiendo bien, pero es lo que dice ella; que para ella no hay más amparo que usté, ni más salvación que quedarse en su casa de usté...

ANS. ¡Cómo! ¿Aqui? ¿Que quiere guarecerse en mi casa? Y ¿es esa la idea que se le ha ocurrido?

MAR. Una cosa así. Ella se lo explicará a usté mejor.

ANS. ¡No, no!, ¡que no me lo explique!... ¡Que no se me acerque siquiera! ¡Pues estaría bueno, carástolis! Para que me perdieran el respeto los fieles y se burlaran de mi credulidad hasta los gatos, si es que hasta los gatos no se imaginaban otra cosa... ¡No faltaba más, puño!

MAR. Pero, señor cura, si es que...

ANS. ¡Nada de señor cura! Aquí no hay señor cura que valga, ¿oyes? Dí a tu hermana que se vaya, o que

se quede, o que haga lo que quiera; pero que no se me presente ni en sueños.

MAR. ¡Si usté la viera cómo llora!

ANS. Que llore, que llore; eso es bueno... ¡Ea! que ya me he cansado yo de súplicas y de lagrimitas. Bondadoso, pero no tanto... Anda, anda, vete y ya sabes lo que has de contestar.

MAR. Pero ¿qué trabajo le cuesta a usté...

ANS. ¡Que te vayas, digo! *(Paseándose agitadamente.)* ¡Aquí!, ¡vivir aquí!... ¡Jesús, Jesús y Jesús!

MAR. Bueno, pues me voy. *(Dirigiéndose hacia la puerta izquierda.)* De modo que la digo...

ANS. ¿Otra vez? ¡Que no, que no y que no! ¿No lo has oido todavía?

MAR. ¡Pobrecita Ramona! *(Vase gimoteando.)* (¡Y ella que esperaba la contestación a la puerta!).

ANS. ¡Virgen Santísima, ampáranos a todos! El pueblo era una balsa de aceite, pero el diablo ha tirado una piedra y se ha revuelto el charco. *(Cruza las manos en actitud de rezar.)* Porque el Señor me ilumine: «Pater noster qui es incœlis». *(Sale* CLAUDIO *segunda derecha.)*

ESCENA V

El PADRE ANSELMO *y* CLAUDIO.

CLA. ¿Se ha ido ya?

ANS. Sí; ya se ha ido. *(Siguiendo el rezo.)* «Santificetur nomen tuum...»

CLA. ¿Qué quería?

ANS. Lo que no te puedo decir, y aunque pudiera no te importa. «Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua».

CLA. Algo malo ha tenido que ser, porque se ha puesto usté de un humor...

ANS. «Da nobis hodie»... ¿Quieres dejarme en paz, sobrino? «Et dimite nobis debita nostra...»

CLA. Perdone usté; pero como usté me ha dicho que las buenas almas son las que se interesan por los desgraciados, y esa Martinilla parece una desgraciada...

ANS. Lo parece y lo es, pero ni tú ni yo podemos hacer nada por ella. Conque vuelve a tu cuarto y déjame acabar en paz mis oraciones.

CLA. Pero tío, si no es la hora.

ANS. ¿Tú que sabes? Todas las horas son de oración para el pastor que ve en el peligro el rebaño.

CLA. ¡Ah!, pero, ¿es que el rebaño?... ¿Peligran las hijas de María, tío?

ANS. Peligran tus orejas si no te callas, ¡puño', que estás más pesado que una mosca. *(Vase primera derecha.)*

CLA. Pues señor, bueno; me quedo sin saber a qué a venido Martinilla.

ESCENA VI

CLAUDIO, FLORA. *Al fin el* PADRE ANSELMO

(FLORA *sale por la izquierda. Viste con lujo estrepitoso y llamativa, como de quien tira el dinero a tontas y a locas. Sus ademanes humildes contrastan, al principio, con su aspecto.)*

MÚSICA

FLO. ¿No está el señor cura?

CLA. Si está, sí, señora.
De ese cuarto acaba
de salir ahora

FLO. Pues quería hablarle.

CLA. Pues le llamaré.

FLO. ¿Usté es su sobrino?

CLA. Servidor de usté.

FLO. Diga ustá que le espera Florita.
Salazar de Montiel de Monzón,
que con mucho interés solicita
dos minutos de conversación.

CLA. ¿Florita dice usté?

FLO. Florita Salazar.

CLA. ¡Qué nombre más bonito!

FLO. Lo tuve sin pensar. *(Pausa.)*

CLA. Usté me parece que sufre y padece
y busca el consuelo de la religión.

FLO. ¡Qué cosa tan rara! Y a mí me parece
que usté tiene ganas de conversación.
CLA. (Ya se me fué.)
FLO. (Ya me excedí.)
CLA. ¡Perdone usté!
FLO. ¡Y usted a mí! *(Pausa.)*
¿Sigue usted la carrera de cura?
CLA. Por lo menos tal es mi intención;
pero Santo Tomás asegura
que es preciso tener vocación.
Y aunque me figuro
que la tengo ahora,
lo que es muy seguro
no estoy, no, señora.
FLO. Yo se lo conoceré
fije usted la vista en mí.
CLA. ¿Así?
FLO. Así. *(Pausa mientras se miran.)*
FLO. ¡Las misas que usté cante
que me las claven aquí!
CLA. (Ya se me fué.)
FLO. (Ya me excedí.)
CLA. Perdone usté.
FLO. Y usté a mí.
CLA. ¿Por qué dice usted eso, señora
Salazar de Montiel de Monzón?
FLO. Porque en esa mirada de ahora
pone usted demasiada intención.
Y estoy por jurarle,
y no me equivoco,
que no está ese pulso
tranquilo tampoco.
CLA. Pues sí está tranquilo;
no jure usted en vano;
si quiere usted verlo,
tome usted la mano.
FLO. ¡Vaya si la tomaré!
(Pausa mientras le toma la mano. El acaricia la de Flora con la que tiene libre.)

CLA. ¿Qué adivina usted ahí?
FLO. Que sí.
CLA. ¿Que sí?
FLO. Que las misas que usté cante
que me las claven aquí.

(El número acaba riéndose los dos sin soltar las manos. Primero él con risita cortada de satisfacción comprimida y ella con un deje de burla. Al fin, los dos, con alegría franca. Al empezar la risa aparece en la primera derecha el PADRE ANSELMO, *que, al encontrarse con aquel cuadro, se queda como quien ve visiones.)*

HABLADO

ANS. *(Santiguándose.)* ¡Ave María Purísima!

CLA. *(Embelesado y sin saber lo que dice.)* Sin pecado concebida! *(Vuelve la cabeza y ve a su tío, que le contempla impávido e inmóvil. Quiere hablar algo, pero no encuentra palabras, y después de un momento de vacilación, opta por retirarse hacia el fondo avergonzado y confuso. Flora también adopta un aire compungido y triste. El cura saca y abre un breviario y avanza para cruzar la escena leyendo frases ininteligibles, como si quisiera dar a entender que no ha visto nada. Cuando llega cerca de Flora, ésta se adelanta resueltamente y le besa la mano.* CLAUDIO *aprovecha este momento para escabullirse por la segunda derecha. Entretanto, el padre Anselmo llega al sillón y se sienta sin dejar de leer, abstraído en los latines, como si estuviera solo. Flora, que después de besarle la mano se ha retirado un poco al fondo, espera pacientemente sin levantar la vista del suelo. Por fin el cura cierra el libro, se persigna y empieza a hablar con mucho reposo. Cuídese mucho en la representación esta escena muda.)*

ESCENA VII

FLORA, *el* PADRE ANSELMO

ANS. Pues no señora; no estoy conforme con usted en ese punto.

FLO. Si yo no he dicho...

ANS. Ya; ya sé que no ha dicho usté nada. Pero iba usté a decirme que es muy gracioso mi sobrino y que por eso se reían ustedes tanto. Y yo estoy sospechando que ni la gracia del Espíritu Santo va a poder tener al paso que lleva. Tome usted asiento y dígame qué quiere.

FLO. Gracias. *(Acerca una silla y se sienta al lado de la mesa.)* Pues yo venía... Usted no me conoce, ¿verdad, señor cura?

ANS. Sí, señora.

FLO. ¡Cómo! ¿Me recuerda usted todavía? ¡Y yo que creí que estaba tan cambiada!

ANS. No sé si habrá usted cambiado o no; pero tal como está usted ahora la conoce cualquiera.

FLO. ¿Sí? ¿Quién soy?

ANS. Una... perdone usted; mi carácter sacerdotal no me permite decir la palabra. *(Flora se pone de pie.)*

FLO. ¡Qué! ¿ha pensado usted mal de mí porque me reía de la cara que ponía el chico? Pero, señor ¿es que es pecado ser alegre?

ANS. Según como se entienda.

FLO. Pues mire usted; yo soy muy alegre y eso no quita para que sea también muy desgraciada. Tan desgraciada que no sé qué va a ser de mí si usté no me favorece.

ANS. ¡Anda! ¿Ahora salimos con pucheros? Vaya, vaya; acabemos de una vez. Usted es forastera, ¿no?

FLO. No, señor. Soy de este mismo pueblo y me llamo Flora Salazar, para servirle.

ANS. ¿Flora Salazar? No recuerdo.

FLO. Es que aquí no me llamaba así. Aquí me llamaba Ramona.

ANS. *(Sentándose.)* ¡Puño! ¿Conque tú eres la Ramona? ¡Tonto de mí que debí figurármelo! Pero, ¿no te ha dicho nada tu hermana Martina?

FLO. Sí, señor; me ha dicho que usté no quería recibirme; pero ya está visto que es una embustera

ANS. ¿Eh?

FLO. Porque ya ve usté cómo me ha recibido.

ANS. ¡Caramba! Porque te has entrado tú por sorpresa y con nombre supuesto.

FLO. ¿Cómo supuesto? ¿No le he dicho a usté que ahora me llamo Florita?

ANS. ¡Ahora! Pero, ¡Dios mío! ¿se juega así con la fe de bautismo?

FLO. No; si yo no he jugado. Ha sido capricho de Juanito Montiel, que se empeñó en que eso de Ramona le sonaba a cocinera.

ANS. ¿Juanito Montiel? Pero ¿qué Montiel es ese y que estás tú diciendo?

FLO. ¿No le ha contado a usted algo Martinilla?

ANS. Me ha contado muchas cosas, pero como tú dices que es una embustera....

FLO. Pues siéntese, siéntese, señor cura, y haga el favor de oirme con calma. *(Se sienta el padre Anselmo en el sillón.)* Se va usté a convencer de que en estos momentos me encuentro en una situación horrible *(Se sienta a media anqueta en un pico de la mesa para estar más cerca del cura. Este la aparta suavemente.)*

ANS. No, hija, no tanto. O me lo cuentas con la debida compostura o no te escucho.

FLO. ¡Ay! es verdad. Usted perdone, padre Anselmo tengo una pena tan grande que no sé lo que me hago.

ANS. Pues, hija, no se te conoce.

FLO. Sí, señor, sí; sufro mucho. Y como cuando una sufre acude a los santos, yo he venido a pedir amparo al que tenía más cerca.

ANS. ¿Yo santo? No, hija mía, veo que tocas la mism tecla que tu hermana. Yo soy un pobre pecador como tú y como todos.

FLO. ¿Como yo? ¡Qué más quisiera!

ANS. ¿Quién?

FLO. Yo. ¡Que más quisiera yo que no ser más pecadora que usté!

ASS. Bueno, bueno; déjate de adulaciones y al grano.

FLO. Pues verá usté. Al poco tiempo de marcharme de aquí me enamoré de un hombre como una loca y él se enamoró de mí como un loco. No sé por qué

porque yo no he sido nunca muy guapa, ¿verdad, señor cura?

ANS. ¡Yo que sé!, ¡puño! ¿Ahora me sales pidiéndome piropos? Sigue la historia y nó te metas en dibujos.

FLO. Pues nada, que fuimos felices mucho tiempo, y que aquello prendió tan de veras, que ahora mismo le sigo queriendo con toda mi alma y estoy segura de que él me corresponde. Pero ¡ay, señor cura! cuando se estaban corriendo las amonestaciones, porque él comprendió que no había más remedio que pasar por la iglesia, tuvimos que separarnos.

ANS. ¿Por qué?

FLO. Porque nos pasó una desgracia muy grande, muy grande, tanto que no se la cuento a usté porque me pondría a llorar como una Magdalena.

ANS. Pues no la cuentes; sigue.

FLO. Como él no sabía si volvería o no, me dejó en libertad de hacer lo que quisiera, devolviéndome la palabra. Yo me resistí todo lo que pude; pero se pusieron las cosas de una manera que... vamos.. que no tuve mas remedio que hacer cara a otro.

ANS. Sí; y luego a otro y a otro; ya he leido tu carta. Tus culpas son enormes, pero la misericordia de Dios es infinita.

FLO. ¡Ah! ¿la ha leido usté? Me alegro, porque así me ahorro la vergüenza de decirlo.

ANS. La de hacerlo es la que te debías haber ahorrado.

FLO. Sí; sí estuvo muy mal, ya lo sé. ¡Pero si usté supiera! .. Bueno, pues este último, don Juanito Montiel de Monzón, que ya le verá usté...

ANS. ¿Que ya le veré yo? ¿A santo de qué? ¿Es que también me le vas a meter en casa?

FLO. No, señor; pero en cuanto se entere de la cartita que le dejé sobre la m sa del despacho, estoy segura que sale a buscarme, y como sabe que soy de este pueblo... aquí vendrá a parar de fijo. Es un tonto con más años que un palmar, muy pintadito y muy retocado, pero no puede vivir sin mí porque dice que soy la última.

ANS. ¡María Santísima, qué descoco! Acéptame, Señor, el sacrificio de tener que oir estas cosas. Y si crees que te va a buscar aquí, ¿por qué no te has marchado a otra parte?

FLO. ¡Toma! porque aquí es donde tengo que esperar al otro, para reunirnos para siempre y ser yo muy buena, muy buena...

ANS. ¡Habráse visto desvergüenza mayor! Pero ¿que otro es ese?

FLO. Pues ¿cuál ha de ser? El primero, el único; el que yo quiero más que a las niñas de mis ojos. ¿No se lo he dicho a usté, señor cura? ¡Vuelve! ¡Vuelve al cabo de ocho años, y me ha escrito que me perdona y que volveremos a ser felices!

ANS. ¡Ah! ¿y quieres que se encuentre aquí conmigo? Pues por eso sí que no paso, ¡puño! Demasiado he hecho con oirte esas enormidades sin haberte puesto en el arroyo a la primera.

FLO. No; si el amparo de usté no lo necesito para eso.

ANS. Pues ¿para qué entonces?

FLO. Verá usté. Si yo le hubiera esperado a él...

ANS. ¿A cuál?

FLO. Al mío, al verdadero, al que vuelve. Si le hubiera esperado en Madrid, por mucho que quisiera perdonarme no pasaría por verme con Juanito Montiel y hubiéramos tenido un disgusto gordo.

ANS. Seguramente.

FLO. Y si Juanito viene detrás de mí y le encuentra en casa de mi padre, puede que mi padre se enfadara con Juanito y tuviéramos otro disgusto.

ANS. ¡Claro! El que siembra vientos recoge tempestades

FLO. Por eso quiero que usté me albergue; porque Montiel no se atreverá a venir aquí a buscarme, y al otro le gustará encontrarme hecha una santita al cabo de los años.

ANS. ¡Santita, santita! Pero ¿tú crees que la virtud la dan las paredes? Pues ese plan no sirve, porque yo no hago la comedia. El Montiel y el otro y el de más allá son unos tales, y tú eres una cual, y

yo no transijo con esas cosas... ¡Vaya con el atrevimiento de la niña!

FLO. Pero, señor cura, ¡si no hay comedia! Si es cuestión de un par de días, de unas horas acaso...

ANS. Pues ni una hora ni un minuto, ¿entiendes? Y ahora mismo vas a venir conmigo.

FLO. ¿Donde?

ANS. A casa de tu padre, que es el que puede arreglar este asunto, aunque sea a estacazos.

FLO. ¡No, por Dios, señor cura!, que yo no me atrevo. Que va a ir allí ese.

ANS. Pues que vaya, hija, que vaya. Y que se las entienda con Blas, que tiene buenos puños. Aquí la religión no puede hacer otra cosa que perdonar a tu padre cuando le haya pegado... ¡Jesús! ¡Dios padre me perdone!

FLO. ¡Señor cura, tenga compasión de nosotros, que yo quiero ser buena!

ANS. ¡Claro!, haciendo que yo me condene... O si no, espera, tienes razón.

FLO. ¡Qué! ¿Accede usté? ¿Me quedo aquí?

ANS. Sí; pero sólo un momento, mientras yo hablo con tu padre. Tengo una idea. ¿Tú quieres ser buena de verdad?

FLO. Sí, señor. ¡Ya lo creo! ¡Si me va a costar muy poco trabajo!

ANS. Pues aguarda en esa habitación, *(Primera derecha)* que yo vuelvo enseguida. Pero no salgas ni te asomes, ¿eh?, ¡que no quiero que se meta mi sobrino en estos libros de caballerías!

FLO. Descuide usté.

ANS. Pues anda, hija, anda y cierra la puerta.

FLO. *(Entrando.)* ¡Sí, sí, señor cura!, que no tarde usté, que lo arregle usté todo, que no me lleve usté a mi casa, que...

ANS. Bueno, bueno, ¿quieres entrar con mil de a caballo. *(Cierra la puerta.)* ¡Dios mío, Dios mío! Aparta de mí este cáliz y sácame con bien de semejante torbellino. *(Yéndose por la izquierda)* ¡Tadea! ¡Tadea!

ESCENA VIII

CLAUDIO. *Luego* TADEA. *Después* VARGUITAS.

(CLAUDIO *sale por la segunda derecha. Se acerca de puntillas a la segunda izquierda para ver marchar a su tío, y luego cruza la escena y aplica el oido a la primera derecha.)*

CLA. No he podido pescar más que palabras sueltas, pero algunas han sido de las que ponen carne de gallina. ¡Pobre Florita!, digo, ¡pobre Ramona! Y el caso es que dejarla ahí sola, con lo intranquila que debe de estar la infeliz, es no tener corazón ni buenos sentimientos. ¿Llora? ¡Sí! Me parece que llora.

TAD. *(Saliendo por la izquierda.)* Señorito Claudio...

CLA. ¡Eh! ¿Qué hay?

TAD. ¿Dónde se ha metido la pájara?

CLA. ¡Aquí dentro está!

TAD. ¿Ahí? ¡Válgame Dios! A su tío de usté le ahorcarán de puro bendito. ¿Y usté, que hace a la puerta?

CLA. Nada; tener cuidado de que no se escape. Me lo encargó mi tío.

TAD. Y ¿se puede saber a que ha salido el señor cura a la calle a estas horas?

CLA. Eso pregunto yo, ¿se puede saber?

VARGAS. *(Apareciendo en el fondo, tras la reja de la ventana.)* ¿Se puede saber...

LOS DOS. *(Asustados.)* ¡Ay!

VAR. Si vive en esta casa un cura que le llaman don Anselmo?

TAD. ¿Quería usté algo?

VAR. Yo, no; aquí un amigo que me acompaña tiene que decirle cuatro palabritas.

CLA. ¿Y el amigo no se atreve a preguntarlo?

VAR. Vamos, no sea usté asaúra niño. ¿Vive aquí el cura o no?

TAD. Sí, señor, vive. Pero ni el señorito Claudio es asaúra...

CLA. ¡Eso!

TAD. Ni el padre Anselmo está en casa.

VAR. Bueno, pero me imagino yo que vendrá más tarde o más temprano.

TAD. Claro que sí.

VAR. ¿Y no se le pué esperar ahí dentro?

TAD. ¿Qué hacemos, señorito Claudio?

CLA. ¿Qué hemos de hacer? Ya sabes que mi tío recibe a todo el mundo.

TAD. ¿Le importa a usté mucho hablarle?

VAR. A mí, no; aquí al amigo.

CLA. Al amigo misterioso.

VAR. ¡Misterioso! ¡ay qué gracia!

TAD. Pues entren ustedes.

VAR. *(Como si hablara con otra persona que está a su izquierda.)* Que entremos. *(Se aparta de la reja.)*

TAD. Hoy es el día de las cosas chocantes. Quiera Dios, quiera Dios... *(Vase refunfuñando por la izquierda.)*

CLA. Antes una muchacha alegre, ahora uno que parece torero... ¡La paz ha huido de esta santa casa! Menos mal que así nos entretendremos un poco... *(Vuelve a escuchar junto a la primera derecha.)* Me parece que ya no llora. *(Mira hacia la izquierda, por donde supone que oye pasos.)* ¡Ahí están! *(Vase corriendo por la segunda derecha.)*

TAD. *(Saliendo.)* Aquí pueden ustedes esperar; no tardará mucho. ¡Virgen Santísima, qué fachas!

(Entran JUANITO MONTIEL *y* VARGUITAS. JUANITO MONTIEL *es un viejo que procura disimular la edad, muy teñido y peripuesto. Viste largo gabán de viaje y sombrero flexible.* VARGUITAS *es un torero de invierno muy jacarandoso y muy terne. En cuanto aparecen empieza la música y se marcha* TADEA *por donde ha venido.)*

ESCENA IX

MONTIEL, VARGUITAS, *luego* FLORA

MÚSICA

(Examinan detenidamente la habitación cada uno por su lado. Vargas muy tranquilo. Montiel un poco nervioso. Ninguno dice palabra en un rato.)

JUA. ¿Sabes lo que te digo?
VAR. Nada hasta ahora.
JUA. ¡Que aquí me huele a ella!
¡que aquí está Flora!
VAR. Entonces ya sabemos que está segura;
y ¿sabe usté en su caso lo que yo haría?
Dejarla que se quede de ama del cura,
tomar el automóvil y... hasta otro día.
JUA. ¡Varguitas! ¿Qué dices?
VAR. Pues ná, don Juanito.
Que a dambos la chica
nos toma de pito,
y si ella no quiere
seguir con usté,
el correr de la ceca a la Meca
es más tonto que el andar a pie.
JUA. Ya lo sé.
VAR. Y usté tiene muchas
que están deseando
que usté las entere
de cómo y de cuándo,
porque ese atractivo
y ese no sé qué
no lo tiene en el mundo un cristiano
más que el hijo del padre de usté.
JUA. Ya lo sé,
pero es que a mi costa
se ríe la gente
y estoy en berlina
por esa imprudente,
que o muere a mis manos
o vuelve conmigo.
VAR. Pues tome usté apuntes
de lo que le digo:
La niña está loca
y usté hace muy mal,
que ningún mataor se sofoca
porque le echen un toro al corral.

JUA. ¡Pues no aguanta este feo
un Montiel de Monzón!

VAR. ¿Piensa usté que la chica
va a pedirle perdón.

JUA. Puede que sí.

VAR. ¡Vaya a que no!

(Abrese repentinamente la primera puerta derecha y aparece en el umbral FLORA.*)*

FLO. ¡Como Varguitas
opino yo!

JUA. ¡Ella! Ya sabía
que estabas aquí.

FLO. *(Adelantándose.)*
¿Y qué se ofrecía?

JUA. Venimos por ti.

FLO. Será si yo quiero.

JUA. Que quieras que no.

FLO. Y ¿quién me convence
si no quiero yo?

JUA. *(Sujetándola por una muñeca.)*
Piensa, Florita, que esta niñada
desacredita toda mi historia,
y si no vienes hago una hombrada
para que pagues la escapatoria.

FLO. *(Burlándose.)*
Y como tú no puedes
solo conmigo,
para reconquistarme
traes este amigo.

VAR. *(Sujetándola el otro brazo.)*
Menos guasa, niña,
que no estoy de humor.

FLO. ¡Suéltenme los brazos,
hagan el favor!

(Con un esfuerzo violento se separa de ambos y corre a parapetarse entre la mesa y la librería.)

¡Digo y repito que no me llevas
aunque me traigas un regimiento,
y aquí te aguardo! ¡Como te atrevas
a mojicones se acaba el cuento!

JUA. Y además se burla.
VAR. ¡Se burla además!
JUA. Escucha.
FLO. No quiero
JUA. Pues ahora verás.
FLO. ¡Atrás, atrás!
MON Y VAR. Ahora verás.
FLO. ¡Atrás, atrás!
¡Digo que atrás!

(Hace una trinchera con la mesa y el sillón, y cuando los hombres quieren acercarse descarga sobre ellos una lluvia de libros de la mesa y del estante. En lo más fuerte de la pelea y del estrépito aparece el Padre Anselmo por la izquierda, en la actitud que es de suponer. Un libraco le cae casi encima. Al ver al sacerdote cesan la música y la batalla.)

ESCENA X

Dichos. El PADRE ANSELMO

HABLADO

P. ANS. Pero, ¿qué es esto?
VAR. (¡Arrea, el cura!)
P. ANS. Muy bien, muy bien, señores. Veo que el mismo Satanás ha tomado posesión de mi casa.
FLO. Padre Anselmo, es que...
JUA. Comprendo que la situación en que el señor cura me ha encontrado no es la más a propósito para una presentación en regla, pero las circunstancias...; el hombre a veces...
P. ANS. ¡Dios mío! ¡qué destrozo!
JUA. Crea el señor cura que...
P. ANS. No me diga usted nada. La culpa no es de ustedes, sino mía, por haber transigido con el pecado.
FLO. *(Recogiendo y ordenando como Dios la da a entender los libros que yacen en el suelo.)* No se apure usted. Esto se arregla en seguida.
P. ANS. Pero ¿se puede saber con qué derecho han entrado ustedes aquí y quiénes son ustedes?

FLO. Pero ¿no lo ha comprendido usté, santo varón? Este viejo verde es Juanito Montiel.

JUA. ¡Flora! No me insultes.

P. ANS. (*Después de mirarle de arriba abajo como asombrado del diminutivo.*) ¡Juanito!

FLO. Y ese otro es Varguitas, un maleta que le acompaña a todas partes y le saca los cuartos.

VAR. (*Mosqueado.*) ¡Niña, niña!

JUA. Yo suplico a usté que no haga caso de esta desdichada, que no está en sus cabales, y a la cual he venido a buscar para corregirla.

P. ANS. ¿Es usté su abuelo quizá?

JUA. ¡Señor cura!

P. ANS. Por la edad pudiera usté serlo.

FLO. (¡Chúpate esa!)

JUA. Hablemos con formalidad, y espero que nos entendamos.

FLO. Eso; y luego hablaré yo cuando me toque.

P. ANS. ¡Ramona! Haz el favor de no interrumpir al señor.

JUA. Yo tengo un corazón compasivo; esta joven estaba desamparada y sola en el mundo y, dejándome llevar de mis buenos sentimientos, tuve la debilidad de protegerla tendiéndola una mano.

FLO. (*Con sorna.*) ¡Ja, ja!

P. ANS. Déjale que acabe.

JUA. Pero ella, con una ingratitud de que no hay ejemplo, ha huído de casa, dejándome como recuerdo esta carta insolente. (*Entrega al cura un pliegue-cillo.*)

VAR. (¡Está mochales! ¡Pues no le da la carta!)

P. ANS. (*Leyendo.*) «Morrongo mío...» ¡Le llama a usté morrongo!

JUA. Es una broma suya.

ANS. (*Leyendo.*) «No te puedo aguantar y me voy con mi hombre. No llores mucho, no sea que te destiñas.» ¡Virgen de las Angustias! pero ¿qué mundo es éste?

FLO. Me parece que la cartita está que arde.

ANS. (*Devolviéndole el pliego.*) Y ¿qué tengo yo que ver

con todo esto, señór de Morrongo, digo, señor de Montiel?

JUA. Nada, señor cura; pero en la posición que ocupo me es imposible tolerar que esta joven me ponga en ridículo.. ¡Porque usté comprenderá que me ha puesto en ridiculo!

VAR. Si, señor; ¡nos ha puesto en ridículo!

FLO. ¡Cállate, Varguitas!

JUA. Y teniendo sospechas de que pudiera estar en este pueblo, a su casa paterna nos encaminamos. Désde ella nos han dirigido a la de usté, donde ya usté ve como nos ha recibido.

ANS. Si; estropeándome la libreria. Adelante.

JUA. Y ahora espero que usté, convencido por estas razones, me entregue la paloma que abandonó el nido, y que es la primera y será la última que se me escapa.

FLO. ¡Don Juan Tenorio!

ANS. ¡Silencio, Ramona!

FLO. ¿Puedo yo hablar ya?

ANS. No es preciso. Quedo enterado, señor de Montíel y considerando que es pecado grave proteger a esta clase de palomitas y que por su edad más está usted para encomendarse a Dios que para otra cosa...

JUA. ¡Señor cura! ¡que soy muy nervioso!

ANS. Ya; ya lo he conocido en el escándalo que ha promovido usted en casa ajena. Digo que, en vista de todo esto, le invito a que se marche inmediatamente en compañía de su amigo.

JUA. Y con ella.

ANS. No, señor; solos y sin hablar palabra.

VAR. (¡Se las trae el párroco!)

FLO. ¡Hala, hala! ¡A la calle!

JUA. ¡Florita!

ANS. ¿No me han oido ustedes?

JUA. Si, señor; pero con todo respeto insisto en llevármela.

ANS. Y yo en que ustedes salgan en seguida ¡puño! Llamaré al alcalde... digo, al alcalde no, que está

enfermo por cosa parecida; pero en fin, al juez, al alguacil, a los vecinos... ¡no faltaba más!

JUA. *(Engallándose.)* Oiga usté, señor mío.

ANS. *(Empujando a uno tras otro hacia la puerta.)* ¡Fuera he dicho, o grito pidiendo socorro!

FLO. ¡A la calle, a la calle!

JUA. Pero ¿tú ves esto, Varguitas?

ANS. ¡Vamos, vamos! *(Sin dejar de empujarlos.)* Y echaré el cerrojo para que no vuelva a entrar el espíritu malo.

FLO. ¡Duro, duro!

JUA. Pero es que yo... *(Resistiéndose.)*

VAR. ¡Oiga usté, amigo! *(Idem.)*

ANS. Nada, nada; no oigo nada. *(Vanse los tres por la izquierda.)*

ESCENA XI

FLORA; *en seguida* CLAUDIO; *luego el* PADRE ANSELMO; *después* TADEA.

FLO. Este padre Anselmo es un angel. ¡Y tiene, tiene puños!

CLA. *(Saliendo segunda derecha.)* ¡Muy bien, Ramona!

FLO. ¿Eh? ¡Calla! ¿estaba usté ahí?

CLA. Detrás de la puerta. No he salido durante la trifulca por no comprometerme, digo, por no comprometerla.

FLO. Bien hecho; esas no son bromas de seminario.

CLA. Pero he pasado un buen rato oyéndola a usté, porque ha estado usté muy bien, Ramona.

FLO. No salga usté de ahí.

CLA. Tanto, que si fuera usté chico la daría un abrazo.

FLO. Por eso no lo deje usté, hombre de Dios. ¡Si eso no me ofende!

CLA. ¿De veras?

FLO. Con la condición de no apretar mucho.

CLA. No, no señora. *(Abrazándola.)* Ha estado usté muy bien, Ramona, ¡muy bien!

ANS. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Canastos! Pero ¿qué casa es ésta? ¿Qué vientos soplan aquí hoy? ¡A tu cuarto en seguida!

CLA. Tío, si es que...

FLO. *(Mimosa.)* No se enfade usté, padre Anselmo, que no ha pasado nada. Es que el chico estaba muy contento, y yo también estoy muy contenta.... porque usté es un santo.

ANS. Si, si; todos estamos muy contentos, pero yo voy a condenarme. *(A Claudio.)* ¡A tu cuarto he dicho!

FLO. ¡Déjele usté! *(Claudio se retira al fondo, pero no se marcha.)*

ANS. Y tú te vas ahora mismo también. No quiero tener el demonio en casa.

FLO. ¡Cómo! ¿me echa usté ahora? ¿Después de salvarme?

ANS. He cumplido mi deber defendiéndote contra esa gentuza, pero ya se acabó y aquí no haces nada.

FLO. ¿Cómo que no hago nada? ¿No sabe usté que tengo que esperar al otro?

ANS. ¿Al otro? ¿Otro todavía?

FLO. Pero ¿no habíamos quedado en eso?

ANS. ¡No habíamos quedado en nada, canastos! Y ya no transijo más porque peligra mi salvación eterna.

FLO. *(Quejumbrosa.)* Pero es que si me echa usté peligra la mía.

ANS. *(Humanizándose.)* ¿Cómo? A ver, a ver... explícame eso.

FLO. Pero ¡si ya está usté enterado de todo! El otro, el que va a venir a buscarme, y quiero que me encuentre aquí en esta casa, es el hombre a quien querré toda mi vida.

ANS. ¡Mentira parece!

FLO. ¿Qué? ¿Que yo le quiera?

ANS. No, que yo esté oyendo con calma estos horrores.

TAD. *(Saliendo por la izquierda precipitadamente.)* ¡Ay señor, señor cura! Esté usté prevenido, que se nos viene encima una desgracia.

ANS. ¡Caramba! ¿qué ocurre?

TAD. Que vengo de la tienda del cojo de comprar aceite.

ANS. Bueno, ¿y qué?

TAD. Que cuando yo estaba en la tienda ha entrado un

hombre mal vestido, mal encarado, con unas barbas muy largas, preguntando por su casa de usté.

ANS. ¿Sí?

TAD. Y yo creo que es un asesino, o un ladrón, o las dos cosas.

FLO. *(Con mucha alegría.)* ¡Es él!

ANS. ¿Cómo él?

FLO. El otro. El mío.

ANS. ¡Pues esto sólo nos faltaba! Cuando venga ese hombre no le dejes entrar, ¿oyes, Tadea? Y si insiste llamas a los vecinos.

TAD. Sí, sí, señor... ¡qué día este! *(Vase por la izquierda)*

FLO. Pero, ¿de veras no le va usté a dejar entrar?

ANS. ¡Naturalmente! ¡Un hombre con trazas de asesino y ladrón!

FLO. Pero, ¿qué trazas quiere usté que tenga viniendo de donde viene?

ANS. ¡Caramba!, pues... ¿de donde viene?

FLO. No se asuste usté, señor cura; viene... del presidio

ANS. ¡Puño! Pero, ¿es que tiene allí algún empleo?

FLO. Sí, señor.

ANS. ¡Ah, vamos! ¿Cuál?

FLO. Pues..., el de presidiario. Ha cumplido condena.

ANS. ¡María Santísima, Madre de Dios! ¡Márchate en seguida!

FLO. ¡Pero si no fué por nada malo! Fué por matar a uno.

ANS. ¡Ah!, ¿y matar a uno es cosa buena?

FLO. Es que el hombre me ofendió en su presencia, el mío no se pudo contener, riñeron... y hubo una desgracia.

ANS. ¡Jesús, Jesús! Y ahora ¿a qué viene? ¿A casarse contigo?

FLO. Ya comprende usté que eso no puede ser después de lo que he hecho.

ANS. Lo que no comprendo es que matara a un hombre porque te ofendió y ahora te perdone lo que has hecho.

FLO. Es que es muy diferente. Si yo he sido mala después ha sido... por lo que ha sido. *(Confidencialmente y casi al oido del cura.)* Yo, cuando se lo llevaron a él no me quedé sola.

ANS. ¿Eh? ¿qué dices?

FLO. Que mi pequeño, que nuestro pequeño, se moría de hambre, que yo no encontré donde trabajar, que se me cerraron todas las puertas y que me volví loca... El chiquitín no tenía la culpa y era preciso que viviese aunque la madre se condenara... ¿Verdad, señor cura, que ahora comprende usté que él me perdone? ¿Verdad que usté también me perdona?

ANS. *(Después de una vacilación.)* ¡No y no! ¡Puño!, más que puño! ¡Yo no puedo perdonar esas atrocidades!

ESCENA XII

DICHOS. *Las hijas de* MARIA. *Después* TADEA.

MOZA 1.ª ¿Se puede, padre Anselmo?

ANS. Adelante, hijas mías, adelante.

CORO. *(Entra todo el coro saludando.)* Buenos días, buenos días, buenos días.

ANS. Sentaos, sentaos, vamos a continuar el ensayo. *(Mientras las muchachas ocupan sus puestos el cura parece cabílar hasta que de pronto, como si hubiera tomado una resolución, dice aparte a Ramona.)* Oye, Ramona. ¿De veras todo lo que has hecho ha sido por sostener y salvar a tu hijo?

FLO. Sí, señor, por él; ¡nada más que por él! ¡Se lo juro a usté por la Virgen!

ANS. Siéntate también con las otras muchachas.

CLA. ¡Se queda, se queda!

ANS. Sí; pero tú sales mañana mismo para el seminario. *(Llamando.)* ¡Tadea!

FLO. *(Besándole efusivamente la mano.)* ¡Gracias, gracias, señor cura! ¡Ya sabía yo que era usté un santo! *(Se sienta entre las otras.)*

TAD. *(Saliendo.)* ¿Llamaba usté?

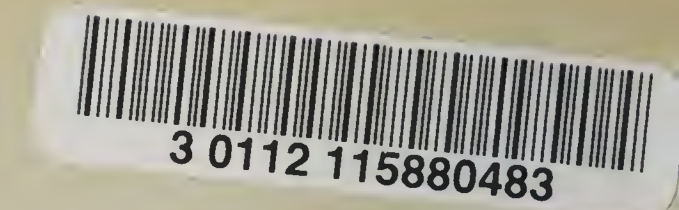
ANS. Cuando venga ese hombre mal vestido de las barbas largas, dile... ¡dile que pase! *(Vase Tadea.)* Vamos con la plegaria, hijas mías.

MÚSICA

FLO. Y CORO
María, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente
porque jamás intente
aposentarse en él...

TELÓN

(Cae el telón lentamente. Tanto que principia el descenso al empezar la plegaria y termina con la última nota del canto. Cuídese este detalle, porque es de precisión absoluta.)



PRECIO: 1,50 PESETAS